**Domingo de Pentecostés (20.05.2018): Juan 20,19-23.**

***“Sopló sobre ellos y les dijo…”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

La sagrada liturgia vaticana sitúa la fiesta de Pentecostés como el cierre y broche de oro del tiempo de la Pascua. Desde el acontecimiento de la resurrección de Jesús han transcurrido cincuenta días. La iglesia de este Jesús nos vuelve a situar en lo que ella denomina ‘tiempo ordinario’. Y para esta fiesta de la venida del Espíritu Santo o de Pentecostés siempre se nos propone la misma lectura evangélica: **Juan 20,19-23.**

Y me permito copiar este texto completo en este segundo párrafo del comentario: *“Al atardecer de aquel primer día de la semana y estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo:* ***la paz está con vosotros.*** *Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús les volvió a decir:* ***la paz está con vosotros.*** *Como el Padre me envió, también yo os envío. Sopló sobre ellos y les añadió: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados. A quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.*

Estas palabras ya las habíamos escuchado en la santa misa eucarística del segundo domingo de Pascua (el pasado día 8 de abril). Y así sucede año tras año. Siempre. Estas palabras de Juan, transcritas en el párrafo anterior, se nos anuncian dos domingos todos los años. En cambio, por ejemplo, **las palabras de Juan 13,35** sólo se nos anuncian un domingo cada tres años. ¿Por qué suceden estas cosas? ¿Quién selecciona los relatos? ¿Qué intencionalidades se ocultan en tales decisiones? Cuando constato estos maltratos de la palabra del Evangelio, me avergüenzo.

Esta vergüenza me lleva a releer una y otra vez estos mensajes de Juan el Evangelista sobre su Jesús de Nazaret. Y los vuelvo a leer como persona que soy y como laico consciente de querer saber sobre aquel Jesús de su siglo primero y sobre ese otro Jesús de los siglos que vinieron después. Me avergüenzo al reconocer que todo un gran concilio como el Tridentino, cuando el imperio de mi Castilla mandaba en el mundo, dijo explícitamente que estas palabras de Juan 20,19-23 fueron dichas por Jesús única y exclusivamente para los apóstoles y sus sucesores los sacerdotes ordenados. Quien crea de manera distinta sea anatema, pecador de muerte.

Cuando leo estas palabras de Juan creo que las leo como si me las estuviera diciendo para mí, que deseo conocer a este Jesús que me habita y a quien deseo que se encuentre a gusto dentro de mis adentros, para que él sea luz y calor de mis neuronas y de mis pies. De mis discernimientos, de mis decisiones, acompañamientos y soledades. Si estas palabras de este Jesús de Juan el Evangelista sólo les pertenecen a los ministros ordenados en el sacerdocio, que se atreva alguien a suprimirlas de las biblias que debemos de leer las gentes normales o laicales. Mal le fue al judaísmo con su clero. ¿Puede imaginarse nuestra iglesia sin los clérigos?

Dicho esto, vuelvo al texto y leo y releo críticamente. ¿No se están nombrando aquí, acaso, tres explícitos sacramentos de la llamada iglesia instituida y vaticana? El perdón de pecados parece claro. También está explícita la Confirmación o recepción del Espíritu y, por supuesto, el sacerdocio. Pero estos sacramentos son de, por, para… ¡todos! Tienen amor, pero no… ¡amos!

**Domingo 25º de Lucas (20.05.2018): Lucas 8,22-39.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Sigo leyendo a Lucas en su narración de la evangelización de su Jesús de Nazaret por las tierras de la región galilea, el norte de Israel, cuando todo esto eran dominios pertenecientes a la llamada provincia romana de ‘Siria-Palestina’ o siropalestinense. ¿Conviene recordar esto? Sí.

Este contador de la historia es tan preciso que comienza así de imprecisamente la acción de su protagonista: *“Sucedió que cierto día subió* [Jesús] *a una barca con sus discípulos y les dijo: pasemos a la otra orilla del lago”* (Lucas 8,22). No quiero dar nada por supuesto y recuerdo que entre esos discípulos ya están María Magdalena y otras mujeres seguidoras (8,1-3). Todas y todos han sido oyentes de la buena noticia de las parábolas del Evangelizador (8,4-18).

En aquella barca, que navega de oeste a este por el lago-mar de Galilea, están el laico Jesús y todos ‘sus parientes’ por haber sido los ‘oyentes de sus palabras’ y haberse atrevido a estar con él, como bien lo hemos constatado los lectores en 8,19-21. Para este Lucas, ésta es ahora ‘la barca de Jesús’. La barca de los hombres y mujeres de Jesús. Para muchos, Lucas debiera haber escrito en estos versos de la travesía del lago la palabra ***iglesia***. Pero no fue así. No está.

En cambio, lo que sí está escrito, contado y transmitido es una borrascosa tempestad (8,23-25). Cuando leo estas cosas no olvido que también sucede otra semejante ‘tempestad violenta’ en la cena última de este Jesús con los suyos (Lucas 22,19-34). Borrasca, tempestad, altercado, enfrentamiento. En el mar de Galilea y en la tierra de la sala de la cena en Jerusalén. Jesús y los suyos. Jesús duerme en la tempestad del mar. Jesús escucha el altercado de la cena.

Y en ambos escenarios del mar y de la cena, la calma llega cuando Jesús evangeliza. Cuando Jesús deja salir de sus adentros palabras de ‘sentido común’ que enmudecen las pretensiones ocultas de quienes dicen que le conocen, pero no es así: **¿Quién es éste?**

*“Llegaron a la región de los gerasenos, que está frente a Galilea”* (8,26). Y me sorprende que este contador de las cosas nos haya escrito, tan bien, esto otro: *“Él* [refiriéndose sólo a Jesús]*, subiendo a la barca, regresó”* (8,37). Creo comprender correctamente el relato si me digo que ‘regresaron al lugar de donde habían partido’ en la orilla occidental del lago. Y digo regresaron, porque en la barca estaban ellas y ellos, todos los seguidores de Jesús, que parece ser que permanecieron en ella mientras Jesús, fuera de la barca, evangelizaba con el ‘Legión’ (8,27-37).

Todos los hombres y mujeres de ‘la barca de Jesús’ tenían el miedo agarrado en sus entrañas por el asunto de la tempestad, primero; y después, por la evangelización realizada por Jesús en la región gerasena. ¿Evangelización? Sí, porque ‘el Legión’ desnudo y marginado a vivir en los sepulcros con los muertos (8,27) acabó transformado en persona sentada junto a Jesús, vestida y con las neuronas en su sitio y en sus funciones. ‘Sentada’ como María en Lc 10,38-42.

Siempre que leo este relato del Legión geraseno en cualquiera de los Evangelios sinópticos, me pregunto por ‘**el qué’ y ‘el cómo’ de la Evangelización** realizada por el galileo y laico Jesús de Nazaret. Y no me imagino otra evangelización que el abrazo compartido, inmenso. Entrañable.